

BASE DOGMATICA DEL PRECEPTO DE LA CONFESION PREVIA A LA COMUNION

ANTONIO MIRALLES

1. *Planteamiento del tema*

El nuevo Código de Derecho Canónico, con el canon 916, ha mantenido en pleno vigor la ley precedente que obligaba a la confesión sacramental antes de acercarse a comulgar, si se tenía conciencia de pecado grave. He aquí el texto del canon 916:

«Qui conscius est peccati gravis, sine praemissa sacramentali confessione Missam ne celebret neve Corpori Domini communicet, nisi adsit gravis ratio et deficiat opportunitas confitendi; quo in casu meminerit se obligatione teneri ad eliciendum actum perfectae contritionis, qui includit propositum quam primum confitendi».

En este canon se engloban las dos prescripciones del Código de 1917, una relativa al sacerdote que va a celebrar la Santa Misa y la otra a los fieles que se acercan a la comunión eucarística ¹.

Como es de sobra conocido, el mandamiento así formulado se remonta al canon 11 del Decreto sobre la Santísima Eucaristía del Concilio de Trento: «*Et, ne tantum Sacramentum indigne atque ideo in mortem et condemnationem sumatur, statuit atque declarat ipsa sancta Synodus, illis, quos conscientia peccati mortalis gravat,*

1. Canon 807: «Sacerdos sibi conscius peccati mortalis, quantumvis se contritum existimet, sine praemissa sacramentali confessione Missam celebrare ne audeat; quod si, deficiente copia confessarii et urgente necessitate, elicitio tamen perfectae contritionis actu, celebraverit, quamprimum confiteatur».

Canon 856: «Nemo quem conscientia peccati mortalis gravat, quantumcumque etiam se contritum existimet, sine praemissa sacramentali confessione ad sacram communionem accedat; quod si urgeat necessitas ac copia confessarii illi desit, actum perfectae contritionis prius eliceat».

quantumcumque etiam se contritos existiment, habita copia confessoris necessario praemittendam esse confessionem sacramentalem»².

El nuevo Código mantiene en pleno vigor el precepto tridentino para quien desea comulgar y tiene conciencia de pecado mortal: ha de acudir previamente a purificar su conciencia en la confesión sacramental. Si algunos autores habían presentado la posibilidad de que la participación en el Sacrificio eucarístico sirviera para suplir el recurso previo al sacramento de la Penitencia, hay que decir que tal propuesta resulta descartada, al conservarse la norma hasta ahora vigente, que se mantiene no sólo por motivos de oportunidad pastoral, sino sobre todo, como veremos, por sólidas razones dogmáticas³. Igualmente, no queda margen para llevar a la práctica, sin transgredir el precepto de la Iglesia, la hipótesis de que sea suficiente regularmente la contrición perfecta que lleve a confesarse de vez en cuando, pero no necesariamente antes de comulgar⁴.

El canon 916 sigue siendo tan claro como sus precedentes. Sólo cuando no es posible confesarse y hay razón grave para tener que celebrar la Misa o comulgar, se puede hacer esto habiendo preparado el alma con la sola contrición perfecta. El canon advierte que ésta incluye el propósito de confesarse lo antes posible (*quam primum*); de otro modo, no sería verdadera contrición. La fórmula que expresa la excepcionalidad de este caso ha variado en cuanto al tenor de las palabras, pero no en cuanto a la configuración del caso. Se dice ahora: *nisi adsit gravis ratio et deficiat opportunitas confitendi*, mientras que en el Código de 1917 se indicaba: *si urgeat necessitas ac copia confessarii illi desit*. La equivalencia entre las condiciones correspondientes expresadas en ambas frases es patente, y no inte-

2. Dz.-Sch. 1661.

3. Cfr. J. M. R. TILLARD, *Pénitence et Eucharistie*, en «La Maison-Dieu», 90 (1967), pp. 103-131; *Le pain et la coupe de la réconciliation*, en «Concilium», n. 61 (1971), pp. 35-48; Z. ALSZEGHY, *Problemi dogmatici nella celebrazione penitenziale comunitaria*, en «Gregorianum», 48 (1967), pp. 577-588; J. A. GRACIA, *La Eucaristía como purificación y perdón de los pecados en los textos litúrgicos primitivos*, en «Phase», 7 (1976), pp. 65-77; P. MASSI, *Penitenza ed Eucaristia*, en «Rivista Liturgica», 54 (1967), pp. 774-781; C. H. E. CURRAN, *Contemporary Problems in Moral Theology*, Notre Dame 1970, pp. 1-96; E. RUFFINI, *Nuovi orientamenti di teologia della penitenza*, en «Rivista di Pastorale Liturgica», 8 (1970), pp. 351-352; K. GASTGEGER, *Der Bussgottesdienst*, en «Theologisch-praktische Quartalschrift», 119 (1971), pp. 40-52; I. F. CUESTA, *¿Puede la eucaristía perdonar los pecados?*, en «Liturgia» (1971), pp. 349-357; H. MANDERS, *Un Dieu qui restaure toutes les choses: L'aspect de la réconciliation des prières eucharistiques romaines*, en «Concilium», n. 61 (1971), pp. 103-111.

4. Unas posibles bases para esta hipótesis las consideraba F. MARINELLI, *Segno e realtà. Studi di sacramentaria tomista*, «Lateranum», XLIII-2 (1977), especialmente pp. 142-143 y 153.

resa ahora, para el objeto de esta comunicación, averiguar si tal equivalencia es completa o, por el contrario, se ha ampliado o restringido ligeramente el ámbito de los casos excepcionales.

¿Sobre qué bases dogmáticas se apoya este precepto, que permanece sustancialmente idéntico desde la formulación tridentina hasta el nuevo Código de Derecho Canónico? La proximidad de la VI Asamblea General del Sínodo de Obispos aumenta la actualidad de la pregunta. Justamente una de las interrogaciones que los *Lineamenta* formulaban a las iglesias locales se refería a cómo es recibida en los diversos lugares la doctrina de la Iglesia sobre la necesidad de confesar todos y cada uno de los pecados graves, especialmente para los que se acercan a la comunión eucarística⁵. La doctrina de la Iglesia se recoge en el reciente *Instrumentum laboris*, que sintetiza las respuestas que se han dado a los *Lineamenta*⁶, citando el precepto tridentino⁷. Hay una perfecta continuidad en el mantenimiento de esta norma de la Iglesia, pero al mismo tiempo el Santo Padre Juan Pablo II ha manifestado a todos los obispos su honda inquietud por el fenómeno de su frecuente transgresión: «Algunas veces, incluso en casos muy numerosos, todos los participantes de la asamblea eucarística se acercan a la comunión, pero entonces, como confirman pastores expertos, no ha habido la debida preocupación por acercarse al sacramento de la Penitencia para purificar la propia conciencia»⁸. Por eso justamente importa mucho investigar la base dogmática de este precepto, concretamente aquélla que el mismo Magisterio ha dado.

Esta base está constituida por el mandato de San Pablo en I Cor 11,28, y a él apela el Concilio de Trento apoyándose en la interpretación que le ha dado la praxis tradicional de la Iglesia (la *ecclesiastica consuetudo*): «Al que quiere comulgar hay que recordarle el precepto suyo (de S. Pablo): 'Examínese, pues, el hombre a sí mismo'. La costumbre de la Iglesia declara que es necesario un examen

5. Cfr. *Sinodo dei Vescovi. La riconciliazione e la penitenza nella missione della Chiesa. Lineamenta*, Bologna 1982, p. 43.

6. *La riconciliazione e la penitenza nella missione della Chiesa. Traduzione non ufficiale del Documento di lavoro per il Sinodo dei Vescovi del 1983*, n. 4, Città del Vaticano 1983, p. 6.

7. Lo hace reproduciendo un texto de la Instr. *Eucharisticum mysterium*, 25-V-1967, n. 35: AAS 59 (1967), p. 561, que estaba integrado por una cita del Concilio de Trento, *Decr. de ss. Eucharistia*, cap. 7 (Dz-Sch. 1646-1647), y otra del canon 856 del C. I. C.

8. Carta *Dominicae Cenae*, 24-II-1980, n. 11: AAS 72 (1980), pp. 138-139 (la traducción castellana está tomada de Folletos «Mundo Cristiano», Madrid 1980, p. 37).

tal, que nadie con conciencia de pecado mortal, por muy contrito que le parezca estar, se acerque a la Sagrada Eucaristía, sin que haya precedido la confesión sacramental»⁹. ¿Esa praxis tradicional constituye una tradición dogmática, o es simple costumbre circunstancial introducida con el paso del tiempo en la Iglesia? Esto es lo que hemos de ver, pero la solución ya nos la adelanta Juan Pablo II, al afirmar de modo categórico: «está en vigor y siempre lo estará en la Iglesia la norma inculcada por San Pablo y por el Concilio de Trento, de que cuando uno tiene conciencia de pecado mortal, para la digna recepción de la Eucaristía, ha de confesarse previamente de sus pecados»¹⁰. Según esto bien podemos decir que se trata de una tradición dogmática contenida en el depósito de la predicación apostólica, ese depósito tan espléndidamente descrito por el Concilio Vaticano II: «Lo que los apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree»¹¹.

2. *El texto del mandato paulino de I Cor 11,28*

El contexto inmediato es imprescindible para averiguar el alcance preciso del precepto de San Pablo. Transcribimos, por eso, los versículos 27 a 29 según la Neovulgata:

«²⁷Itaque, quicumque manducaverit panem vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. ²⁸Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat et de calice bibat; ²⁹qui enim manducat et bibit iudicium sibi manducat et bibit non diiudicans corpus»¹².

Ha de examinar cada uno la propia conciencia de manera que no comulgue indignamente. Así, pues, la fuente de indignidad —indigni-

9. «Communicare volenti revocandum est in memoriam eius praeceptum: 'Probet autem seipsum homo'. Ecclesiastica autem consuetudo declarat, eam probationem necessariam esse, ut nullus sibi conscius peccati mortalis, quantumvis sibi contritus videatur, absque praemissa sacramentali confessione ad sacram Eucharistiam accedere debeat» (*Decr. de ss. Eucharistia*, cap. 7: Dz.-Sch. 1646-1647).

10. Discurso al Tribunal de la S. Penitenciaría y a los penitenciaros de las basílicas romanas, 30-I-1981: AAS 73 (1981), p. 203.

11. Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 8 (la traducción castellana es de la Biblioteca de Autores Cristianos, 4.^a ed., Madrid 1966).

12. Citamos por *Novum Testamentum graece et latine*, curante G. NOLLI, Città del Vaticano 1981.

dad por la que se es nada menos que reo del Cuerpo y la Sangre del Señor— se halla en la conciencia. Sobre esto los exégetas católicos no muestran dudas. Bástenos citar al de más merecida fama en este siglo para esta Epístola paulina, el padre Allo: no se puede participar de la Eucaristía, si no es en estado de buena conciencia y después de haberse asegurado de ello; de otro modo se incurriría en una culpa y castigo muy graves¹³.

¿En qué consiste la indignidad de conciencia que veda el acceso a la comunión eucarística? No se reduce a la falta de fe, a la confusión con el alimento común, pues todos los cristianos eran instruidos sobre la naturaleza de la Eucaristía. Comulga indignamente el que no aprecia lo que es recibir el Cuerpo del Señor y la limpieza de conciencia que eso exige¹⁴. En el capítulo precedente el Apóstol había explicado que la recepción del pan eucarístico es comunión con Cristo, con su Cuerpo (κοινωνία τοῦ σώματος τοῦ Χριστοῦ), y por eso comunión con todos los cristianos formando un solo cuerpo¹⁵. Comulgamos, comenta con fuerza San Juan Crisóstomo, no sólo para recibir en nosotros a Cristo y participar de El, sino para estar unidos a El¹⁶. Así, pues, dar el debido aprecio a la recepción del

13. «Que les fidèles se disent donc bien qu'on ne peut participer à l'Eucharistie qu'en état de bonne conscience, et après s'être assuré qu'on y est (καὶ οὕτως); autrement ils encourraient une faute et une punition très graves» (*Saint Paul. Première Épître aux Corinthiens*, por E. B. ALLO, 2.^a ed., París 1935, p. 282). Igualmente se puede confrontar el extenso comentario de R. CORNELY, *Commentarius in S. Pauli Apostoli Epistolas*, II: *Prior Epistola ad Corinthios*, 2.^a ed., París 1909, pp. 348-349.

14. «L'indigne, en mangeant et buvant les éléments consacrés, 'mange et boit sa propre sentence' de condamnation, dit l'Apôtre avec un réalisme terrible. Le 'jugement' qu'il a négligé de porter sur lui-même quand il le fallait, il sera porté alors! La cause de ce jugement, c'est qu'il n'a pas 'discerné le Corps', ne l'a pas jugé, apprécié à sa valeur, non qu'il l'ait purement et simplement confondu avec tous les autres aliments de son repas, sans reconnaître son caractère sacré (...), car tous les chrétiens étaient instruits sur l'Eucharistie; mais parce qu'il n'a pas su apprécier ce que c'est que de recevoir le Corps du Seigneur» (ALLO, *o.c.*, pp. 282-283). El padre Allo no va más allá en su comentario, y le imita Spicq, que claramente depende de él en la exégesis de este pasaje (cfr. *Épître aux Corinthiens*, traduits et commentés par C. SPICQ, París 1948, p. 252). Al lector le queda en el aire la pregunta: ¿cómo se ha de apreciar la recepción del Cuerpo del Señor? Se puede decir que Allo da por supuesta la respuesta, ya que había explicado por extenso los efectos de la comunión eucarística haciendo la exégesis del capítulo X, versículos 16 y 17 (cfr. pp. 238-241).

15. I Cor 10, 16-17: «¹⁶ Calix benedictionis, cui benedicimus, nonne communicatio sanguinis Christi est? Et panis, quem frangimus, nonne communicatio corporis Christi est? ¹⁷ Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes enim de uno pane participamus». Allo se extiende en explicar que κοινωνία indica más que participación, y concluye: «Le mot de 'communion', passé dans l'usage chrétien, est celui qui rend les mieux toutes ces nuances: entrée en communauté avec le Christ, et entre nous, par la participation commune au corps et au sang du Christ» (ALLO, *o.c.*, p. 239).

16. El Crisóstomo resalta que el Apóstol dice κοινωνία en lugar de μετοχή: «Διὰ τί μὴ εἶπε, Μετοχή; Ὅτι πλέον τι δελῶσαι ἡβουλῆθη, καὶ πολλὴν ἐνδείξασθαι τὴν συνάφειαν. Οὐ γὰρ τῷ μετέχειν μόνον καὶ μεταλαμβάνειν,

Cuerpo del Señor es querer la unión con Cristo y quitar lo que la obstaculiza. Bien podemos decir que el examen que intima San Pablo tiene por objeto descubrir si hay algo que impide esa unión; si no hay obstáculo, puede acercarse con segura conciencia y alcanzará esa *koinonía* con Cristo ¹⁷.

El Apóstol ordena el examen previo a la comunión, no para pararse en él, pues el solo examen no devuelve la dignidad, sino a fin de que quien se encuentre a sí mismo indigno se haga digno de nuevo ¹⁸. Cornely, que acabamos de citar, con muy buen acierto reproduce acto seguido el texto del Tridentino, que enseña que la praxis de la Iglesia —la Tradición viva— nos hace saber con precisión en qué consiste esa indignidad y cómo hacerse digno ¹⁹: la indignidad la da el estado de pecado mortal, y el hacerse digno se consigue por la confesión sacramental.

3. La interpretación de I Cor 11,28 según la Tradición de la Iglesia

El Concilio de Trento apela a la *consuetudo ecclesiastica* para interpretar el precepto paulino. En la preparación del decreto tridentino diversos teólogos y padres conciliares habían intentado evidenciar la existencia de dicha praxis refiriéndose al testimonio de algunos Padres y escritores eclesiásticos. Especialmente remitían a San Cipriano, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, S. Agustín y a la «Historia eclesiástica» de Eusebio de Cesarea ²⁰. Entre las obras de San Agustín contaban, dándole particular relieve, el *De ecclesiasticis*

ἀλλὰ καὶ τῷ ἐνοῦσθαι κοινωνοῦμεν. Καθάπερ γὰρ τὸ σῶμα ἐκεῖνο ἦνεται τῷ Χριστῷ, οὕτω καὶ ἡμεῖς αὐτῷ διὰ τοῦ ἄρτου τοῦτου ἐνούμεθα» (In Ep. I ad Corinthios Hom. 24. 2: PG 61, 200).

17. Ketter ve justamente el objeto propio del examen en determinar que no hay un impedimento a la unión con Cristo: «Kann er dabei feststellen, dass nichts in ihn der Vereinigung mit Christus hindern im Wege steht, so trete er hinzu» (Herders Bibelkommentar. Die Heilige Schrift für das Leben erklärt, XIV: Die beiden Korintherbriefe, übersetzt und erklärt von P. KETTER. Freiburg im Br. 1937, p. 269).

18. «Se ipse probat (δοκιμάζει) ille, qui diligenter examinat suam conscientiam, ut cognoscat, utrum probus (δόκιμος i. e. acceptus, gratus) sit necne. Quodsi vero invenit, se dignum non esse qui accedat, sese dignum reddere debet; id quidem verbo δοκιμάζειν non exprimitur, quippe quod hoc sensu nusquam adhibeatur, at tota sententia clare continetur; solum enim examen hominem indignum non reddit dignum» (CORNELY, o.c., p. 349). Cfr. en el mismo sentido, pues reproduce la exégesis de Cornely en este pasaje, *Le Epistole di S. Paolo ai Romani, ai Corinti e ai Galati*, a cura di V. JACONO, Torino-Roma 1952, p. 354.

19. Vid. nota 9.

20. Cfr. L. BRAECKMANS, *Confession et communion au moyen âge et au concile de Trente*, Gembloux 1971, pp. 143-158, que ofrece un resumen de las intervenciones de los teólogos y padres, e indica las autoridades a las que apelaban.

dogmatibus, que no es del Doctor de Hipona, sino de Genadio de Marsella. También se hizo una vez referencia a S. Jerónimo, S. León y Casiodoro. Los teólogos medievales fueron igualmente citados para mostrar la continuidad de la *ecclesiastica consuetudo*: Hugo y Ricardo de San Víctor, Ruperto de Deutz, S. Anselmo, S. Buenaventura, Sto. Tomás, Ricardo de Mediavilla, y el oriental Teofilacto, por su comentario a la Epístola paulina. No disponían, sin embargo, de la abundancia de ediciones con que contamos en la actualidad, que nos permite valorar con una base más amplia la praxis eclesial que apoya el mandato de Trento, reafirmado, una vez más, por el nuevo Código.

a) *El pecado grave, impedimento para la comunión digna*

En el análisis precedente del texto paulino veíamos que las palabras mismas del Apóstol muestran que lo que hace indigno para poder comulgar es aquello que impide la unión con Cristo: la dignidad o indignidad se ha de buscar sobre todo en la propia conciencia²¹. Los Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos veían justamente en el pecado el impedimento para recibir dignamente el Cuerpo y la Sangre del Señor, y lo veían apoyándose explícitamente en las palabras de San Pablo. Para Orígenes, no se ha de recibir el sacramento del Cuerpo del Señor con el alma manchada por los pecados²². Lo mismo leemos en el *De Baptismo* atribuido a S. Basilio de Cesarea²³. S. Cromacio de Aquilea comenta la cuar-

21. Los testimonios que veremos a continuación evidencian que los Padres interpretan en este sentido el texto paulino. Como excepción —no podemos decir que se trate de un Santo Padre— hay que reseñar el comentario a la 1.^a Epístola a los Corintios del autor desconocido, al que se designa por Ambrosiaster: «Indignum dicit esse Domino, qui aliter mysterium celebrat, quam ab eo traditum est» (PL 17, 243C). De todas formas, insiste también en la necesidad de la *devota mens*, de manera que no se puede decir que interprete al Apóstol en sentido limitado y exclusivo, como si sólo se exigiera el recto orden en la celebración, aunque sí es lo que pone en primer término: «Non enim potest devotus esse, qui aliter praesumit, quam datum est ab auctore. Ideoque praemonet ut secundum ordinem traditum devota mens sit accedentis ad eucharistiam Domini; quoniam futurum est iudicium, ut quemadmodum accedit unusquisque, reddat causas in die Domini Iesu Christi; quia sine disciplina traditionis et conversationis qui accedunt, rei sunt corporis et sanguinis Domini (...) Devoto animo et cum timore accedendum ad communionem docet; ut sciat mens reverentiam se debere ei, ad cuius corpus sumendum accedit» (ibidem C.D).

22. «Simili modo etiam tibi lex ista proponitur, ut cum acceperis panem mysticum in loco mundo manduces eum: hoc est, ne in anima contaminata et peccatis polluta Dominicis corporis sacramenta percipias: Quicumque enim manducaverit, inquit, panem... (cita los vv. 27 y 28)» (In *Leviticum hom.* 13, 5: PG 12, 551B).

23. Haciendo referencia a la limpieza exigida en la Antigua Ley para lo que se refería al pueblo, concluye: «Ὅσῳ γὰρ πλεῖον τοῦ ἱεροῦ ὤδε, κατὰ τὴν τοῦ

ta petición del Padrenuestro diciendo que hemos de orar para que merezcamos recibir todos los días el pan celestial de la Eucaristía no sea que por un pecado quedemos impedidos de recibir el Cuerpo del Señor²⁴. Igualmente, con la fuerza que caracteriza su predicación, S. Juan Crisóstomo intima que nadie con mancha, con mala conciencia, se acerque a comulgar, pues no sería comunión, sino condenación. Aunque todos podemos llamarnos pecadores, no obstante es el que persevera en pecado el que no debe acercarse al sagrado convite²⁵. De modo positivo lo dice S. Ambrosio: al altar de Cristo hay que acudir con fe y con caridad²⁶. Estos dos últimos testimonios no hacen referencia abierta al mandato paulino, pero sirven para reforzar los tres anteriores.

En estos textos los Padres consideran el pecado sobre todo en su razón de mancha del alma y están muy lejos de ver la comunión eucarística como un simple gesto litúrgico, equivalente a otros de los que los fieles no son apartados sino por delitos externos perturbadores del orden eclesial. En este sentido S. Juan Crisóstomo se alza contra una idea, por así decir, ritualista, según la cual la comunión es demandada más bien por la solemnidad de la ocasión que por la limpieza del alma. Lo hace en su homilía sobre el pasaje del mandato paulino de la primera Epístola a los Corintios: no es la fiesta y el hecho de que todos se acerquen a comulgar lo que debe dictar el acercarse a la comunión, sino la limpieza de la conciencia. «Fiesta es la prueba de las buenas obras, la guarda del alma y el cumplimiento exacto del deber». Quien tiene esto, puede comulgar siempre²⁷.

Κυρίου φωνήν, τοσοῦτῳ δεινότερον καὶ φοβερώτερον τὸ ἐν μολυσμῷ ψυχῇ τολμῆσαι ἄψασθαι τοῦ σώματος τοῦ Χριστοῦ, παρὰ τὸ ἄψασθαι κριῶν ἢ ταύρων, τοῦ Ἀποστόλου εἰπόντος (cita los vv. 27-29). Εἰ δὲ ὁ ἐν ἀκαθαρσίᾳ μόνῳ γινόμενος (...), οὕτω φοβερὸν ἔχει τὸ κρίμα, πόσω μᾶλλον ὁ ἐν ἀμαρτίᾳ ὢν. καὶ κατατολμῶν τοῦ σώματος τοῦ Κυρίου, δεινότερον ἐπισπάσεται τὸ κρίμα.» (PG 31, 1584D-1585A). Referencias bibliográficas sobre la atribución de esta obra a S. Basilio se encuentran en *Clavis Patrum Graecorum*, II, a cargo de M. GEERARD, Turnhout 1974, n. 2896.

24. «Et hunc ergo panem cotidie postulare iubemur, id est ut praestante Domini misericordia cotidie panem corporis Domini accipere mereamur. At enim sanctus apostolus: *Probet se...* (cta los vv. 28 y 27). Unde non immerito semper orare debemus, et hunc panem caelestem cotidie mereamur accipere ne aliquo interveniente peccato a corpore Domini separemur» (*Tractatus XXVIII in Math. VI, 9-15, V, 5*: ed. R. ETAIX-J. LEMARIE, CCL 9A, pp. 332-333).

25. Cfr. In Illud, *Vidi Dominum Hom.* VI, 4: PG 56, 139.

26. «Nec hoc tamen plenum est, ut aliquis vocatus adveniat, nisi vestem habeat nuptiale, hoc est fidem habeat et caritatem. Et ideo qui pacem et caritatem non detulerit ad Christi altaria tolletur pedibus et manibus et mittetur in tenebras exteriores» (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, VII, 203: ed. M. ADRIAEN, CCL 14, p. 285).

27. «Δοκιμαζέτω δὲ ἄνθρωπος ἑαυτὸν (...) Οὐ γὰρ ὅπως παρεσκευα-

La limpieza de conciencia sobre la que insisten los Padres no implica una victoria completa sobre el pecado. Así S. Agustín distingue entre los pecados cotidianos y los *peccata mortifera*. Aquéllos no impiden la comunión, aunque justamente para purificarse de ellos se reza, antes de comulgar, la quinta petición del Padrenuestro²⁸. A los *peccata mortifera*, que quitan la inocencia necesaria para comulgar, los llama también *delicta graviora*, citando a S. Cipriano en su comentario al Padrenuestro²⁹.

Igualmente Teodoro de Mopsuestia, en su comentario a la 1.^a Epístola a los Corintios, explica que el Apóstol, con sus palabras, no pretende que sólo comulguen los que están completamente purificados de los pecados, pues esto es imposible y, además, no sería justo presumir de uno mismo tal pureza. Los que apartan de la comunión son los pecados muy grandes y excesivos, aquellos que según S. Pablo impiden alcanzar el reino³⁰. En efecto, el Apóstol de las gentes, en varias ocasiones, ofrece una lista de pecados que cierran a quien los comete la entrada a la posesión del reino de Dios: fornicación, idolatría, adulterio, sodomía, avaricia, hurto, embriaguez, maledicencia, rapiña, disensión, etc.³¹. Son pecados graves cuya malicia se mide por la ofensa a Dios, por el estado en que

σμάνοι καὶ τὰ κακὰ ἑαυτῶν ἐκκαθάραντες καὶ κατανύξως πληρωθέντες προσέλθουμεν σκοποῦμεν, ἀλλ' ὅπως ἐν ἑορταῖς, καὶ ἡνίκα ἂν ἅπαντες. Ἄλλ' οὐχ οὕτως ὁ Παῦλος ἐκέλευσεν, ἀλλ' ἕνα καιρὸν οἶδε προσόδου καὶ κοινωνίας. τοῦ συνειδότος τὴν καθαρότητα (...) Ἑορτὴ γὰρ ἔργων ἀγαθῶν ἐστὶν ἐπίδειξις, καὶ ψυχῆς εὐλάβεια, καὶ πολιτείας ἀκριβεία καὶ ταῦτα ἔχης, διαπαντὸς ἑορτάζειν δυνήσῃ, καὶ διαπαντὸς προσεῖναι» (In Ep. I ad Corinthios Hom. 28, 1: PG 61, 233). El mismo razonamiento encontramos en la catequesis de S. Ambrosio a los neófitos: «Accipe quotidie quod quotidie tibi prosit. Sic vive ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere» (De Sacramentis, V, 25: ed. B. BOTTE, SC 25 bis, p. 132).

28. «Videte ergo, fratres, panem caelestem spiritaliter manducate, innocentiam ad altare apportate. Peccata etsi sunt quotidiana, vel non sint mortifera. Antequam ad altare accedatis, adtendite quid dicatis: *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*» (In Iohannis Evangelium, tract. 26, 11: ed. A. MAYER, CCL 36, p. 265).

29. «Quarta petitio est, *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*. Ubi beatus Cyprianus ostendit quomodo et hic intelligatur perseverantia postulari. Ait quippe inter caetera: *Hunc autem panem dari nobis quotidie postulamus, ne qui in Christo sumus, et Eucharistiam quotidie ad cibum salutis accipimus, intercedente aliquo graviore delicto, dum abstinere et non communicantes a coelesti pane prohibemur, a Christi corpore separemur*» (De dono perseverantiae, c. IV: PL 45, 998). Las palabras de S. Cipriano son del *De Dominica Oratione*, 18: cfr. ed. C. MORESCHINI, CCL 3A, p. 101.

30. Cfr. In Ep. I. Pauli ad Corinthios Commentarii fragmenta, cap. XI, vers. 34: PG 66, 889 A-B.

31. Cfr. I Cor 6, 9-10; Gal 5, 19-21; Eph 5, 5.

dejan el alma. Teodoro no da pie a que se restrinjan a la apostasía o a los delitos públicos que se sancionan por el apartamiento de la comunión eclesiástica. En este sentido, podríamos decir que considera los pecados que impiden recibir la Eucaristía desde un punto de vista sobre todo teologal, más que eclesial.

Volviendo a S. Agustín, en el Sermón 132 exhorta a los fieles a que comulguen de manera que no coman su propia condenación, según I Cor 11,29; para eso han de vivir bien³². En este vivir bien se incluye la guarda de la castidad: los casados han de evitar el adulterio, y en esto la condición del varón es la misma que la de la mujer; los solteros que piensan casarse deberán guardar lo que exigen a sus futuras mujeres, pues así como quieren hallarlas vírgenes, igualmente ellos han de conservarse intactos; los que hicieron voto de continencia, no sólo se aparten del concubito ilícito, sino también eviten la mirada para otros lícita. Al final concluye: *Quicumque non servatis castitatem, nolite accedere ad illum panem*³³.

Casi todos los textos patrísticos que hasta ahora hemos considerado comentan el mandato paulino de I Cor 11,27-29. La elección se ha hecho intencionadamente, pues nos permite comprobar la solidez de la conclusión a que conducía el análisis del texto paulino: lo que hace que la comunión sea indigna, es lo que impide la unión con Cristo, y eso es el estado de pecado. El testimonio de los Padres y escritores eclesiásticos prueba que se trata de algo más que una conclusión teológica: es el sentido del texto bíblico que la Tradición nos ha transmitido.

b) *Las obras de penitencia necesarias para disponerse a la comunión digna*

El capítulo 7.º del Decreto de Trento atribuye a la *consuetudo ecclesiastica* interpretadora del mandato paulino no sólo la determinación de la naturaleza del impedimento que indispone a la comu-

32. «Qui iam manducant carnem Domini, et bibunt sanguinem eius, cogitent quid manducant, et quid bibant: ne, sicut dicit Apostolus, iudicium sibi manducant et bibant (...) Quanta nobis cura esse debet in aedificandis fidelibus, ut prosit eis quod accedunt; non sibi tales epulas in iudicium manducant et bibant? Ut autem non in iudicium manducant et bibant, bene vivant» (*Sermo* 132, c. 1-2: PL 38, 734-735).

33. No transcribimos todo el texto, que hemos resumido, del Obispo de Hipona, porque resultaría demasiado extenso: una columna larga del Migne. Se trata de los capítulos 2-4: cfr. PL 38, 735-736.

nión digna, sino también el modo de recuperar las buenas disposiciones necesarias para comulgar: la confesión sacramental; no basta la contrición interior³⁴. Con esta enseñanza el Concilio no hace otra cosa que ser plenamente consecuente con la doctrina que había dado en el Decreto precedente *De iustificatione*: «La penitencia del cristiano que ha caído es muy distinta de la penitencia para el Bautismo: comprende no sólo la interrupción de los pecados y su detestación, o lo que es lo mismo, un corazón contrito y humillado, sino también la confesión sacramental de los mismos —al menos con el deseo, y deberá hacerse a su debido tiempo— la absolución del sacerdote, y la satisfacción por el ayuno, limosnas, oraciones y otros ejercicios piadosos»³⁵. Nos toca ahora examinar cómo se manifiesta dicha *consuetudo ecclesiastica* en las obras de los Padres y escritores eclesiásticos.

Para liberarse del pecado y ponerse en condiciones de comulgar, los Padres hablan de que hay que hacer penitencia, y no dan a entender que baste sólo el arrepentimiento de corazón. Explican así el sentido de los tiempos de penitencia que la Iglesia observa antes de las grandes fiestas: son períodos de purificación para acercarse luego a comulgar dignamente. Así lo explica S. Juan Crisóstomo: aparte de las ventajas en sí del ayuno, son propiamente los sagrados Misterios la razón de ser de los días de ayuno y penitencia, a fin de que los limpios y purificados nos acerquemos a la comunión³⁶. San Atanasio, por su parte, en una de sus cartas de anuncio de la Pascua exhorta a prepararse por la penitencia de los pecados, purificándonos para comer el Cordero divino dignamente y no ser reos de su Cuerpo y de su Sangre, según I Cor 11,27³⁷. S. Atanasio, pues,

34. Cfr. nota 9.

35. «Unde docendum est, christiani hominis paenitentiam post lapsum multo aliam esse a baptismali, eaque contineri non modo cessationem a peccatis et eorum detestationem, aut cor contritum et humiliatum, verum etiam et eorundem sacramentalem confessionem, saltem in voto et suo tempore faciendam, et sacerdotalem absolutionem, itemque per ieiunium, eleemosynas, orationes et alia pia spiritualis vitae exercitia» (*Decr. de iustificatione*, cap. 14: Dz.-Sch. 1543).

36. Cfr. In illud, *Vidi Dominum Hom.* VI, 3: PG 56, 139.

37. «Caeteris vero diebus virtutis cursum teneamus, patratum flagitiorum poenitentes, uti par est, quaecumque ea fuerint (...) Deinde ad res futuras animum convertentes, oremus ne indigne Pascha comedamus, et ne periculis irretiamur. Pascha quidem, esca coelestis erit pure festum agentibus; impuris autem et aspernantibus, periculum atque ignominia. Scriptum est enim: 'Qui manducat et bibit indigne, reus erit mortis Domini nostri'. Igitur ne simpliciter ad festalis ritus celebrationem veniamus: sed ut idonei simus ad divinum Agnum accedere, et coelestes escas attingere,

justifica con el mandato paulino la exigencia de obras de penitencia que preparen a la comunión digna. El examen que pide el Apóstol lleva al esfuerzo por recobrar la dignidad no sólo por el arrepentimiento interior, sino por obras de penitencia. Es lo que dice S. Gaudencio de Brescia: primero hay que mortificar la concupiscencia, y así comulgar luego el Cuerpo de Cristo, conforme a las palabras de San Pablo³⁸.

Explicaciones semejantes a las de S. Atanasio y S. Juan Crisóstomo encontramos en los sermones de S. Cesáreo de Arlés, en que exhorta a los fieles a que se preparen para la comunión, en Navidad y en Pascua, recordando en ambos casos el precepto paulino de la 1.^a Epístola a los Corintios. Tal preparación es un trabajo de limpiar la conciencia, de cambiar de vida³⁹. Más adelante añade que el que se encuentre con la conciencia manchada de pecados no desespere, sino recurra cuanto antes a la penitencia, para ser curado por el Médico divino⁴⁰. De modo semejante en el otro sermón hace ver que el examen de la propia conciencia, cuando encuentra pecados, ha de conducir a la penitencia, que no describe como instantánea, dentro del corazón, sino como obra de curación de las acciones pasadas, a las que hay que aplicar el remedio del ayuno y las limosnas⁴¹.

manus nostras purificemus, corpus mundemus, et omni fraude expertem conscientiam teneamus» (*Epistolae Heortasticae*, V, 5: PG 26, 1382D-1383A).

38. «Oportet ergo nos ex praecepto Dei mortificare prius concupiscentias carnis; et sic accipere corpus Christi, qui pro nobis servientibus in saeculi Aegypto, est immolatus. *Propter quod probet se homo, ut ait Apostolus, et sic de isto pane manducet, et de calice bibat*» (*Sermo II, de Exodi lectione*: PL 20, 858A).

39. «Rogo et admoneo, ut quantum possumus cum dei adiutorio laboremus, ut in illo die cum pura et sincera conscientia, mundo corde et casto corpore ad altare domini possimus accedere, et corpus vel sanguinem eius non ad iudicium, sed ad remedium animae nostrae mereamur accipere (...) Mutet ergo vitam, qui vult accipere vitam: nam si non mutet vitam, ad iudicium accipiet vitam, et magis ex ipsa corrumpitur quam sanetur, et magis occiditur quam vivificetur. Sic enim dixit apostolus: Qui manducat... (cita I Cor 11, 29)» (*Sermo* 187, 1: ed. G. MORIN, CCL 104, pp. 763-764).

40. «Non tamen de domini pietate diffidat, qui talis est, nec mortifera desperatione frangatur, sed magis ad paenitentiam cito recurat; et dum adhuc nova sunt et calent peccatorum suorum vulnera, sic sibi adhibeat medicamenta salubria: quia medicus noster omnipotens est, et sic consuevit plagas nostras curare, ut nec cicatricum faciat vestigia remanere» (*ibidem*, p. 765).

41. «Unde, dilectissimi fratres, rogo et ammoneo vos, ut unusquisque recurat ad testem idoneum, conscientiam suam; et si ibi aliqua vulnera invenerit peccatorum, confugiat ad remedium lacrimarum: paeniteat se fecisse quod fecit: incipiat vigilantissimo corde praeterita curare, praesentia vitare, futura prospicere, et deo auxiliante omnia mala repellere; quia quamdiu quis in hoc saeculo vivere possit igno-

Finalmente añadamos dos textos de S. Isidoro de Sevilla y de S. Anastasio Sinaíta, que, si bien pertenecen a los siglos tardíos de la patrística, no obstante recopilan en las obras que ahora citamos la tradición de Padres anteriores. Son, por lo demás, textos en los que se recurre explícitamente al mandato de San Pablo. Según Isidoro, si hay pecados que alejan del altar, es necesario hacer previamente penitencia⁴². S. Anastasio, en la respuesta a la cuestión sobre la frecuencia con que se debe comulgar, contesta citando I Cor 11, 28-32, y concluye de ahí que primero hay que examinarse y luego purificarse de toda acción enemiga, para aproximarse así a los divinos Sacramentos⁴³.

c) *Sacramentalidad de la penitencia que dispone a la comunión digna*

¿Cómo ha de hacerse la penitencia para acercarse bien dispuestos al convite eucarístico? Esta pregunta nos introduce en el capítulo de la naturaleza eclesial de la penitencia de los bautizados⁴⁴. La penitencia que reconcilia al fiel cristiano con Dios no es un asunto que transcurra por cauces ajenos a la función santificadora de la Iglesia. Para el bautizado la penitencia no queda a su arbitrio, sino que ha de hacerla de acuerdo con el juicio del sacerdote de la Iglesia. Ya hemos visto anteriormente las palabras del capítulo 14 del Decreto *De iustificatione* del Concilio de Trento⁴⁵: no basta

rat, nec evadere licet nisi paenitentia praecurrente. Illud ante omnia, dilectissimi fratres, quod specialiter pertinet ad fideles, pia fide et tota animi devotione cogitate, accessuros vos ad altare domini dei vestri: Inspecite universa latibula atque vestri, ne forte sint ibi aliqua peccata, quae necdum sunt curata elemosinis atque ieiuniis; et timete illud apostoli: Qui manducaverit... (cita I Cor 11, 27-28)» (*Sermo* 202, 4: CCL 104, p. 816).

42. «Caeterum si talia sunt peccata, quae quasi mortuum ab altari removeat, prius agenda poenitentia est, ac sic deinde hoc salutarum medicamentum tunc suscipiendum. Qui enim manducaverit indigne, iudicium sibi manducat et bibit. Hoc est enim indigne accipere, si eo tempore quis accipiat quo debet agere poenitentiam» (*De ecclesiasticis officiis*, I, cap. 18, 7: PL 83, 756A-B).

43. «Τοῦ Ἀποστόλου λέγοντος (cita I Cor 11, 28-32) εὐδὴλον, ὅτι χρὴ προαγνίζειν, καὶ προκαθαίρειν ἑαυτοὺς ἀπὸ πάσης ἐναντίας πράξεως, καὶ οὕτως προσεῖναι τῇ θεῇ μυσταγωγίᾳ, ἵνα μὴ εἰς ὀλεθρον ψυχῆς καὶ σώματος γένηται» (*Quaestiones*, VI: PG 89, 385C-D y 388A).

44. Sobre este tema permitaseme remitir a la comunicación que presenté en el Simposio del año pasado sobre *Sacramentalidad de la Iglesia y Sacramentos*, cuyas actas acaban de publicarse. El título de la comunicación era: *Dimensión eclesial del sacramento de la Penitencia*.

45. Vid. nota 35.

el arrepentimiento interior, hay que confesarse y satisfacer de acuerdo con el juicio del sacerdote. Muy a propósito valen aquí las palabras de S. Agustín: «Ninguno diga para sí: yo a solas hago penitencia delante de Dios; El sabe, y que me perdone, porque hago penitencia en mi corazón. ¿Luego sin causa se dijo: lo que desatareis en la tierra, será desatado en el Cielo? ¿Luego en vano fueron dadas las llaves a la Iglesia de Dios?»⁴⁶. En la Iglesia de Cristo siempre encuentran los fieles remedio contra el pecado. Precisamente S. Ambrosio reprochaba a los novacianos que concibiesen la Iglesia como una comunidad en la que no hallan remedio los heridos por el pecado: «Cuando despojáis de todo fruto a la penitencia, lo vuestro equivale a decir: Ninguno de los que han sido heridos entre en nuestro hospedaje; nadie sea curado en nuestra Iglesia; aquí no se atiende a enfermos; somos gente sana, que no tiene necesidad de médico»⁴⁷. La vía de la conversión desde el pecado hacia Dios no la recorre el cristiano en solitario, es una vía sacramental, que, justamente por ser sacramento, pasa necesariamente por la acción redentora de Cristo, que se prolonga en la Iglesia.

Hemos dado mucha importancia a los textos de la antigüedad cristiana que ponen de manifiesto la necesidad de obras de penitencia para disponerse a la comunión, y no limitan la tarea de preparar la conciencia al solo arrepentimiento interior, porque muestran que la propuesta que actualmente algunos defienden de que no deba urgirse el precepto de la confesión previa a la comunión, conformándose en muchos casos con la contrición, no encuentra apoyo en la praxis eclesial de los primeros siglos y le es ajena⁴⁸. De todas formas, quien busca en los Padres afirmaciones netas de la necesidad de confesarse con los sacerdotes antes de comulgar, puede quedar perplejo por los pocos textos que encuentra. Si de ahí sacara la conclusión de que para la Iglesia primitiva bastaba de or-

46. «Nemo sibi dicat, Occulte ago, apud Deum ago: novit Deus qui mihi ignoscat, quia in corde meo ago. Ergo sine causa dictum est, *Quae solveritis in terra, soluta erunt in coelo?* Ergo sine causa sunt claves datae Ecclesiae Dei?» (*Sermo* 392, c. 3: PL 39, 1711). Este sermón está compuesto de dos sermones genuinos de S. Agustín (cfr. PLS II, ed. A. HAMMAN, París 1960, col. 404).

47. «Cum igitur fructum omnem aufertis poenitentiae, quid aliud dicitis, nisi hoc: Nemo de vulneratis nostrum ingrediatur hospitium: nemo sanetur in nostra Ecclesia? Apud nos non curantur aegroti: sani sumus, medicum non habemus necessarium» (*De Poenitentia*, I, c. 6, n. 29: PL 16, 475B).

48. Sólo un texto de Teodoro de Mopsuestia, que consideraremos más adelante, se plantea en términos semejantes a los actuales.

dinario el arrepentimiento interior, se equivocaría, cayendo en un anacronismo teológico, porque es preciso distinguir bien dos cuestiones, que permanecen distintas, aunque una siga estrechamente ligada a la otra, esto es: la necesidad de hacer penitencia —o sea, obras de penitencia, que no se limitan a la contrición de corazón— para disponerse a bien comulgar; y la sacramentalidad —con la consiguiente dimensión eclesial— de la penitencia por los pecados graves después del Bautismo. La complejidad del estudio patrístico de la segunda cuestión, debida a la insuficiente documentación de que disponemos hoy día, que no permite llegar a un cuadro completo de la praxis penitencial de los primeros siglos, aunque sí ofrezca elementos suficientes de dicha sacramentalidad, no justifica dejar entre paréntesis la primera cuestión, como si el resultado fuera incierto, y pasar a concluir que el precepto de la confesión previa no tiene otra base sólida que la voluntad del supremo legislador eclesiástico. La primera cuestión recibe una respuesta afirmativa suficientemente fundada en la Tradición de la Iglesia.

La segunda cuestión no sólo desborda el ámbito de esta comunicación, sino que exigiría muchos cientos de páginas. De todas formas, hay que decir que no faltan testimonios, aunque no sean numerosos, de que la penitencia que dispone a la recepción digna de la Santísima Eucaristía es la penitencia sacramental, la que se hace según el juicio de los sacerdotes de la Iglesia, a quienes se deben confesar los pecados.

S. Cipriano de Cartago reprueba terminantemente que se admita a la comunión eucarística, antes de haber hecho penitencia, a los que habían caído en el delito de apostasía, siendo así que por pecados menores los fieles hacen penitencia durante un tiempo justo, realizan luego la *exomológesis*⁴⁹, y finalmente por la imposición de la mano del obispo y del clero reciben la facultad de comulgar⁵⁰.

49. La *exomológesis* de que habla S. Cipriano ha recibido diversas interpretaciones. B. Poschmann la interpreta como el conjunto de las prácticas penitenciales exteriores de la penitencia pública (cfr. *La Pénitence et l'Onction des malades*, Paris 1966, p. 48). En cambio, A. D'Alès la identifica con la confesión privada al sacerdote con la que se inicia el proceso penitencial (cfr. *La théologie de saint Cyprien*, Paris 1922, pp. 273 y 276). Más certeramente la interpreta D. B. Capelle como un acto ritual ligado a la imposición de manos reconciliatoria, una vez cumplidos los actos de penitencia en el tiempo prescrito, que comprendería una confesión de los pecados más o menos explícita (cfr. *L'absolution sacerdotale chez S. Cyprien*, en «Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale», 7 (1935), p. 227).

50. «Nam cum in minoribus peccatis agant peccatores paenitentiam iusto tempore, et secundum disciplinae ordinem ad exomologesin veniant, et per manus im-

El proceso que aquí describe no debe interpretarse como perteneciente a la disciplina penal de la Iglesia, restringiéndolo a la absolución de delitos, pues S. Cipriano habla de pecados menores al de apostasía. Prueba de ello es otro texto del *De lapsis* en que describe el mismo proceso para la remisión de pecados de pensamiento, en que claramente se ve —lo contrario habría sido un rigor inaceptable— que los fieles no eran adscritos al grupo de los penitentes, ni por tanto seguían la disciplina de la penitencia pública⁵¹.

Otro testimonio de particular claridad lo ofrece Teodoro de Mopsuestia, en su segunda homilía sobre la Misa, última del conjunto de sus Homilías catequísticas. Está hablando de las disposiciones para comulgar. «Si hemos cometido un gran pecado, que rechaza la ley para siempre —esto no se dice de cualquier manera— es preciso abstenernos de la comunión, mas tampoco hemos de concedernos licencia para alejarnos de estos (misterios) (...) Pero se requiere que aflijamos nuestra conciencia lo más que podamos, a fin de apresurarnos, como es menester, a la penitencia por las faltas; no nos asignamos a nosotros mismos el tratamiento de éstas sino que —sepámoslo bien— así como Dios ha dado plantas medicinales a nuestro cuerpo —que él hizo pasible—, de las que se sirven los expertos para nuestro tratamiento, así también nos ha dado la penitencia para nuestra alma —creada mudable— como medicina de las faltas; y desde el principio se han dado preceptos sobre ella. Los pontífices y expertos que tratan y cuidan a los culpables pre-

positionem episcopi et cleri ius communicationis accipiant, nunc crudo tempore persecutione adhuc perseverante, nondum restituta ecclesiae ipsius pace ad communicationem admittuntur, et offertur nomine eorum, et nondum paenitentia acta, nondum exomologesi facta, nondum manu eis ab episcopo et clero imposita, eucharistia illis datur, cum scriptum sit: 'Oui ederet panem aut biberit calicem Domini indigne reus erit corporis et sanguinis Domini'» (*Epistula* 16, 2, 1: *Saint Cyprien. Correspondence*, I, ed. BAYARD, 2.^a ed., Paris 1962, pp. 46-47). La misma necesidad de realizar la penitencia eclesial antes de comulgar, se expresa en este otro texto: «Spreitis his omnibus adque contentis, vis infertur corpori eius et sanguini, et plus modo in Dominum manibus adque ore delinquent quam cum Dominum negaverunt. Ante expiata delicta, ante exomologesin factam criminis, ante purgatam conscientiam sacrificio et manu sacerdotis, ante offensam placatam indignantis Domini et minantis, pacem putant esse quam quidam verbis fallacibus venditant» (*De lapsis*, 16: ed. BEVENOT, CCL 3, p. 229).

51. «Denique quanto et fide maiore et timore meliore sunt qui, quamvis nullo sacrificii aut libelli facinore constricti, quoniam tamen de hoc vel cogitaverunt, hoc ipsum aput sacerdotes Dei dolenter et simpliciter confitentes exomologesin conscientiae faciunt, animi sui pondus exponunt, salutarem medellam parvis licet modicis vulneribus exquirunt, scientes scriptum esse: *Deus non deridetur*» (*De lapsis*, 28: CCL 3, pp. 236-237).

sentan a la conciencia de los penitentes el tratamiento que necesitan, según la disciplina y sabiduría eclesíásticas, vista la medida de las faltas»⁵². Unos párrafos más adelante concluye: «Como ya sabéis esto, que Dios, en su gran solicitud por nosotros, nos concedió la penitencia y nos mostró el remedio de la contrición, y que ha establecido a los pontífices como médicos de las faltas, para que por medio de ellos, recibiendo aquí el tratamiento y la remisión de los pecados, seamos liberados de la venganza futura, por tanto, es preciso que nos acerquemos a los pontífices con gran confianza y les revelemos nuestros pecados, a fin de que ellos, con total solicitud, compasión y caridad (...) ofrezcan el tratamiento a los culpables, sin divulgar lo que no se debe revelar, sino que guarden para ellos lo que sucedió»⁵³. Teodoro enseña abiertamente a sus oyentes que la penitencia para prepararse a comulgar —en caso de pecados graves— hay que hacerla sometiendo sus pecados al juicio de los sacerdotes en una confesión secreta. Es lo mismo que prescribe el precepto tridentino.

Teodoro, a la vez que ofrece en el texto anterior una de las afirmaciones más claras de la necesidad de acudir a la penitencia sacramental antes de comulgar, en caso de pecados graves, tiene otras palabras en su Comentario a la Epístola a los Corintios que encuentra unas líneas más abajo de las citadas anteriormente⁵⁴, en las que se vedaba la comunión a los que habían cometido pecados que excluyen del reino de Dios. Sigue luego hablando de que los pecados cotidianos, en que todos los hombres caen por fragilidad, no deben alejar de la Eucaristía, sino todo lo contrario, pues al participar en los Misterios se obtiene su perdón. Y añade la razón de esto último: «pues todas las cosas que os vinieron por la muerte (de Cristo), es justo que se cumplan por los símbolos de la muerte (el sacramento de la muerte de Cristo), de tal manera que yo me atrevería a decir que, en el caso de que alguno hubiera cometido los mayores pecados, si, habiendo elegido apartarse en adelante de toda acción insensata y atender a la virtud, viviendo en obediencia a los mandatos de Cristo, participara de los misterios confiando plena-

52. *Hom. II sur la Messe (Hom. XVI)*, 39: *Les Homélies catéchétiques de Théodore de Mopsueste*, traduction, introduction, index par R. TONNEAU - R. DEVREESSE, Biblioteca Apostolica Vaticana, Città del Vaticano 1949, p. 597 (la traducción del texto francés es nuestra).

53. 44: p. 603.

54. Cfr. nota 30.

mente que recibirá la indulgencia de todos (los pecados), eso en lo que confía se verificará ciertamente»⁵⁵.

A la hora de comparar este texto con los citados de las Homilías catequísticas, parece justo afirmar, que éstas, por su mismo carácter, ofrecen más garantías de reflejar la tradición eclesiástica que el Comentario a la Epístola paulina. En el Comentario, ese «atreimiento diría (θαῤῥῶν εἵπομαι)» parece indicar una conclusión personal que se estima bien fundada, pero que se presenta con ciertos visos de novedad.

Otro testimonio de la tradición eclesiástica en Oriente es el de S. Anastasio Sinaíta, en su Sermón sobre la Santa Sinaxis. Reprende a los que se atreven a comulgar estando cargados de rapiñas, maldades y pecados, y les exhorta a que se tornen dignos, huyendo del pecado y rompiendo sus cadenas por la confesión, las lágrimas, y el alma humillada⁵⁶. Unas líneas más adelante hace ver cómo es esa confesión: «Confiesa a Dios tus pecados por medio de los sacerdotes. Condena tus acciones y no te dejes llevar por la vergüenza (...). Condénate a ti mismo delante de los hombres, para que el Juez te justifique delante de los ángeles y de todo el mundo»⁵⁷. Parece indicar claramente la confesión sacramental a los sacerdotes⁵⁸.

Volviendo a Occidente, además de los textos ya vistos de S. Cipriano, hay otro de particular interés: el capítulo 23 del *De ecclesiasticis dogmatibus*, de Genadio de Marsella. El que tiene la voluntad adherida al pecado —dice Genadio— no puede comulgar. Para poder hacerlo, distingue dos clases de pecados: los *mortalia crimina*, que requieren la penitencia pública, y otros, menos graves. Por estos últimos, antes de comulgar, hay que satisfacer con lágri-

55. Cfr. *In Ep. I. Pauli ad Corinthios Commentarii fragmenta*, cap. XI, vers. 34: PG 66, 889C-D.

56. Cfr. *Oratio de Sacra Synaxi*: PG 89, 832B-833A.

57. *Ibidem*, col. 833C.

58. Como en el contexto habla repetidamente sobre la actitud de reverencia y comunión con que hay que asistir a la celebración de los Santos Misterios, podría venir la duda de si esa confesión a Dios por medio de los sacerdotes no se referiría a una oración litúrgica de confesión de los pecados pronunciada por el sacerdote. No parece que se pueda interpretar así, pues el sermón continúa diciendo que hay que pedir perdón a Dios para disponerse a participar del Cuerpo y de la Sangre del Señor con pura conciencia, conforme a I Cor 11, 28-30, que cita explícitamente, y añade que hay que mostrar obras de penitencia, y revestirse de templanza, mansedumbre, longanidad, y demostrar compasión de los necesitados; obras estas que trascienden el ámbito de la celebración litúrgica (cfr. *ibidem*: col. 833C-836A).

mas y oraciones; también habla de la *pia confessio* que alcanza el perdón de Dios⁵⁹. Volvemos a encontrar lo que hemos visto anteriormente: hay que disponerse con obras de penitencia por los pecados, pero quedan en el aire diversas preguntas. ¿En qué medida el pecador hace esas obras a su arbitrio, o no las hace más bien según el juicio del sacerdote? ¿Esa confesión, que menciona Genadio, es sólo de corazón, o se hace al sacerdote? El texto mismo no permite una respuesta concluyente. En cambio, cuando se trata de la penitencia pública por los *mortalia crimina*, Genadio afirma explícitamente el sometimiento a la potestad de las llaves, hablando de la reconciliación por el juicio del sacerdote⁶⁰. También se refiere a otro modo de penitencia, por estos pecados más graves, sin la adscripción al grupo de los penitentes públicos: el apartamiento de la vida secular en el mundo y la asunción de un género de vida quasimonacal. Que esto se hiciera bajo el juicio de la autoridad episcopal, parece lo más verosímil y supondría, por tanto, el ejercicio de la *potestas clavium*.

Para concluir la lista de testimonios, citamos el de Paulino de Aquilea, que a fines del siglo VIII refleja una praxis igual a la que ocho siglos más tarde sancionará el Concilio de Trento. Antes de recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor cada uno debe examinarse, conforme al mandato de I Cor 11, 28-29, y, si se encuentran pecados, hay que apresurarse a limpiarlos por la confesión y la verdadera penitencia⁶¹.

59. «Quotidie Eucharistiae communionem percipere nec laudo nec vitupero. Omnibus tamen dominicis diebus communicandum suadeo et hortor, si tamen mens in affectu peccandi non sit. Nam habentem adhuc voluntatem peccandi, gravari magis dico Eucharistiae perceptione quam purificari. Et ideo quamvis quis peccato mordeatur, peccandi non habeat de caetero voluntatem, et communicaturus satisfaciatur lacrimis et orationibus, et confidens de Domini miseratione, qui peccata pia confessioni donare consuevit, accedat ad Eucharistiam intrepidus et securus» (PL 42, 1217). La recensión breve que se encuentra en este tomo del Migne es la genuina; en cambio, la más larga que se halla en el t. 58, entre las obras de Genadio, es una recensión del siglo VI (cfr. PLS 3, 722).

60. «Sed hoc de illo dico quem capitalia et mortalia peccata non gravant: nam quem mortalia crimina post Baptismum commissa premunt, hortor prius publica poenitentia satisfacere, et ita Sacerdotis iudicio reconciliatum communioni sociari, si vult non ad iudicium et condemnationem sui Eucharistiam percipere. Sed et secreta satisfactione solvi mortalia crimina non negamus; sed mutato prius saeculari habitu, et confesso religionis studio per vitae correctionem, et iugi, imo perpetuo luctu miserante Deo, ita duntaxat, ut contraria pro iis quae poenitet agat, et Eucharistiam omnibus dominicis diebus supplex et submissus usque ad mortem percipiat» (col. 1217-1218).

61. «Unusquisque antequam corpus et sanguinem Domini nostri Iesu Christi

* * *

Una vez llegados al final de este estudio, comprendemos mejor por qué Juan Pablo II ha afirmado de manera tan categórica que siempre estará en vigor en la Iglesia la norma de que cuando uno tiene conciencia de pecado mortal, para la digna recepción de la Eucaristía, ha de confesarse previamente de sus pecados⁶². Se trata de un precepto asentado sobre la sólida base dogmática de las palabras de I Cor 11, 27-29, interpretadas por la Tradición viva de la Iglesia. Toda teología que pretenda sustraer vigor a esta norma se condena de antemano a la esterilidad, entrando por una vía muerta sin perspectivas de auténtico servicio al Pueblo de Dios. Por el contrario, las bases dogmáticas de la norma en vigor constituyen un incentivo para ulteriores estudios teológicos que contribuyan a resaltarla en el conjunto de la teología del misterio de la Santísima Eucaristía y del sacramento de la Reconciliación o Penitencia⁶³. A estos apuntan las palabras de la Encíclica *Redemptor hominis*, que comentan el mandato de I Cor 11, 28, y que nos servirán de conclusión: «Esta invitación del Apóstol indica, al menos indirectamente, la estrecha unión entre la Eucaristía y la Penitencia. En efecto, si la primera palabra de la enseñanza de Cristo, la primera frase del Evangelio-Buena Nueva, era 'arrepentíos y creed en el Evangelio' (metanoëite)⁶⁴, el Sacramento de la Pasión, de la Cruz y Resurrección parece reforzar y consolidar de manera especial esta invitación en nuestras almas. La Eucaristía y la Penitencia toman así, en cierto modo, una dimensión doble, y al mismo tiempo íntimamente relacionada, de la auténtica vida según el espíritu del Evangelio, vida verdaderamente cristiana. Cristo, que invita al banquete eucarístico, es siempre el mismo Cristo que exhorta

accipiat, se ipsum probet, et secundum Apostoli praeceptum, sic de pane illo edat et de calice bibat, quia qui indigne manducat et bibit corpus et sanguinem Domini, iudicium sibi manducat, et bibit, non diiudicans corpus Domini. Quando enim eum accipere debemus, ante ad confessionem et poenitentiam recurrere debemus, et omnes actus nostros curiosius discutere: et peccata nostra, si in nobis senserimus, cito festinemus per confessionem et veram poenitentiam ablueri, ne cum Iuda proditore diabolum intra nos celantes, pereamus, protrahentes et celantes peccatum nostrum de die in diem» (*Liber Exhortationis*, cap. 30: PL 99, 226B-227A).

62. Cfr. nota 10.

63. En este sentido merece citarse el estudio de A. GARCÍA IBÁÑEZ, *Contrizione, confessione e comunione*, que se publicará en el próximo número de la «Rivista del Clero italiano».

64. Mc 1, 15.

a la penitencia, que repite el 'arrepentíos'. Sin este constante y siempre renovado esfuerzo por la conversión, la participación en la Eucaristía estaría privada de su plena eficacia redentora, disminuiría o, de todos modos, estaría debilitada en ella la disponibilidad especial para ofrecer a Dios el sacrificio espiritual⁶⁵, en el que se expresa de manera esencial y universal nuestra participación en el sacerdocio de Cristo»⁶⁶.

65. Cfr. I Pet 2, 5.

66. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 20: AAS 71 (1979), p. 313 (la traducción castellana está tomada de Folletos «Mundo Cristiano», Madrid 1979, pp. 71-72).

